MJ estudios

La responsabilidad de «tener Ojos»

José Luis Segovia Bernabé
Director del Instituto Superior de Pastoral UPSA-Madrid

Síntesis del artículo

El autor nos invita a abrir bien los ojos para ver la repercusión de la crisis actual sobre sus principales víctimas, los pobres y excluidos. Se basa en el pensamiento ético de Lévinas sobre el rostro del prójimo, en la "mística de ojos abiertos" de Metz, en el magisterio reciente del papa Francisco y, sobre todo, en la identificación con la mirada de Jesús sobre la realidad.

Abstract

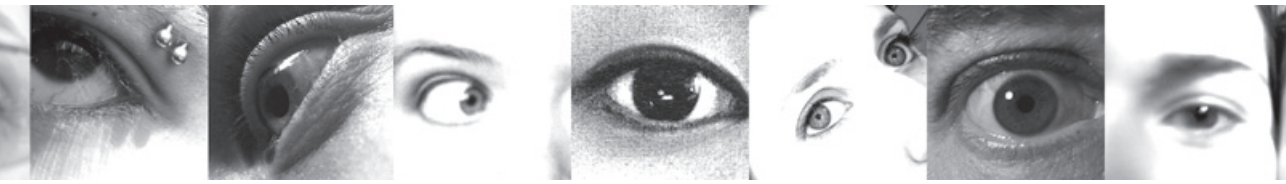
The author invites us to open wide our eyes to see the impact of the current crisis over its main victims, the poor and excluded. It relies on the ethical thought of Levinas about the face of others, on the "mystique of wide-eyed" of Metz, on the recent Magisterium of the Pope Francis and, above all, on the identification with Jesus' look about the reality.

1 La crisis es estructural ya ha provocado un aluvión de víctimas

El premio Nobel Saramago, en su memorable *Ensayo sobre la ceguera*, señala que la mayor responsabilidad consiste en tener ojos en un mundo de ciegos. Algo parecido apuntaba Dostoievski en *Los hermanos Karamazov* cuando habla de que "todos somos responsables de todos y, si cabe, yo un poco más". Esta expresión la tomará la enseñanza social de la Iglesia para recordarnos que esa responsabilidad compartida consiste sencillamente en asumir el deber de "tener que responder". No se trata, por tanto, de cultivar una insana culpabilidad orientada hacia el pasado y de contornos un tanto difusos, dado el anonimato en que se mueve lo económico-político, sino de cuidar el sentido de la responsabilidad que se proyecta hacia el futuro y que pasa en primer lugar por vivirme concernido personalmente por lo que ocurre a mi alrededor, especialmente, por el sufrimiento evitable de muchos de mis contemporáneos. "Ver" y "dejarme afectar" por lo visto constituyen momentos esenciales de esa respuesta solidaria ante el dolor de mis semejantes.

Hace un año, en estas mismas páginas, escribíamos una colaboración cuyo título era "Pobreza y justicia social: el coraje que reclaman"[1]. Las líneas que siguen quieren

[1] Cf. *Misión Joven* 435 (2013) 5-12.



ser una prolongación de aquellas reflexiones, desde la óptica de las víctimas de la crisis y de la injusticia, contempladas ahora desde una "mística de ojos abiertos" (Metz). Porque "la experiencia de Dios inspirada bíblicamente no es una mística de ojos cerrados, sino una mística de ojos abiertos; no es una percepción relacionada únicamente con uno mismo sin una percepción intensificada del sufrimiento ajeno"[2]. Permítasenos recordar sumariamente algunas afirmaciones escritas entonces y, en buena medida, reforzadas por el reciente magisterio del Papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (EG):

1) La crisis no es una crisis coyuntural, sino sistémica y estructural. Reclama otro modelo de desarrollo. De lo que hay que salir no es "de la crisis", sino de un modelo de desarrollo y de arquitectura social erráticos. Si pretendemos superar la crisis con las "recetas" desigualitaristas que nos han introducido en ella, mal iremos.

2) El corazón de la crisis está en una concepción del ser humano errática: el *homo economicus*, como individuo egoísta racional e interesado que interactúa con otros seres egoístas en el marco sacralizado de la libertad de mercado y la desregulación económica y laboral. De ahí no puede seguirse la cobertura de las necesidades de todas las personas.

3) Hasta ahora, los indicadores del bienestar han sido fundamentalmente cuantitativos. El más conocido es el que correlaciona crecimiento y Producto Interior Bruto (PIB). De ahí, supuestamente, se seguiría que, a más crecimiento económico, más felicidad para todos y, por supuesto, menos pobreza y vulnerabilidad. Sin embargo, los datos son tozudos. Hasta la crisis económico-financiera que explotó hace cinco años, el PIB se había ido incrementando anualmente de manera espectacular… ¡al mismo tiempo que crecía la desigualdad! El crecimiento sin redistribución y sin políticas sociales no asegura el bienestar de todos: dualiza la sociedad y cronifica las bolsas de exclusión.

4) El trabajo se ha mercantilizado y se ha convertido en un recurso más al servicio de la productividad, la competitividad, la eficiencia, el emprendimiento… Por cierto, ninguna de esas palabras representa valores morales, ni siquiera constitucionales: la solidaridad, la justicia, la igualdad y el pluralismo son los valores superiores del ordenamiento constitucional español (art. 1 CE). Por consiguiente, se ha cosificado al trabajador, convertido en auténtico peón en el tablero de los intereses de los mercados (ahora en plural y con (i)responsables anónimos).

5) Todo lo dicho lo resume el Papa Francisco mejor que nadie: "No a una economía de la exclusión… que mata" (EG 53), "No a la nueva idolatría del dinero" (EG 55), "No a un dinero que gobierna en vez de servir" (EG 57), "No a la inequidad que genera violencia" (EG 59)… La lista de "noes" se puede prolongar indefinidamente. Por todas: "no" a las ganancias de unos pocos que crecen exponencialmente mientras la mayoría se queda lejos del bienestar de esa minoría feliz (cf. EG 56).

---

[2] **J. B. Metz**, *El clamor de la tierra*, Verbo Divino, Estella 1996, 26.

No es ahora el momento de abrumar con datos estadísticos que pueden ser fácilmente consultados[3], sino de sentirnos convocados a contemplar la realidad desde el sufrimiento de los injusticiados y dejarnos afectar por él.

2 Los ojos de las víctimas

Si el "ver" es el momento primero que anticipa el "responder", habrá que decir que no todas las formas de mirar la realidad son válidas. Decía un famoso sociólogo que, ante el sufrimiento y la injusticia, "hay que ser siempre objetivos, pero jamás neutrales" (Bourdieu). En efecto, no cabe neutralidad moral ante las víctimas. La condición victimal no otorga por sí misma toda la razón por el solo hecho de disfrutar de este estatuto, pero sí goza de un "privilegio epistemológico", de un *plus* de verdad asociado al sufrimiento injusto y evitable, porque su dignidad es la dignidad del que sufre, del que soporta el peso del mundo, es decir, su injusticia, su falta de humanidad. Por eso, como dice Reyes Mate, "la mirada de la víctima es el anuncio de que el sufrimiento es la condición de toda verdad. Pero nosotros tenemos miedo del sufrimiento: sus preguntas desestabilizan. Por eso nos blindamos frente a él. Y ahí está la injusticia"[4].

Hay que privilegiar la propia mirada de la víctima sobre la de quien se acerca a ella. Aquí vale también el lema de las puertas del metro "antes de entrar, dejen salir". Antes de mirar tú, ten la audacia de dejarte mirar. Se trata de no quedarnos en el movimiento compasivo del yo al otro. Hay que nombrar al movimiento contrario, el que viene del otro al yo, condición de posibilidad de la propia constitución en sujeto moral. En su movimiento de solidaridad compasiva, el sujeto agente se descubre a sí mismo privado de dignidad y reconociendo al otro como un *Tú,* logra asumir un *Yo* digno. Su suerte está ligada a la posibilidad del otro en la recuperación de su dignidad. Sólo hay sujetos morales cuando la relación es bidireccional, pero hasta llegar ahí los dos sujetos necesitan el reconocimiento del *otro*. Un ejemplo nos lo hará entender mejor. Cuentan que los hermanos maristas mártires en Ruanda-Zaire, en la terrible guerra entre hutus y tutsis, cuando tenían empacados todos sus bártulos en el Land-Rover para escapar de la matanza, se vieron rodeados de los niños que habían acogido y educado durante años. Simplemente venían a despedirse. Sin embargo, la mirada de los niños a los hermanos provocó que estos, sintiéndose mirados en la forma que solo las víctimas pueden, diesen la orden de bajar todas las cosas del coche y optaran por quedarse. Acabaron asesinados. La mirada de las víctimas les llevó a la forma más sublime de solidaridad: hacerse victimas con ellas. No es casual que el diario *El Pais*, periódico no precisamente de línea clerical, los llamase en un editorial, "los mejores embajadores de España".

En el sufrimiento mismo y en la coherencia reside la autoridad de las víctimas. Es la autoridad del "huérfano y de la viuda", a la que remite el profeta. Una autoridad moral que nada

3 Por ejemplo, pueden verse los informes colgados por la Fundación Foessa de Caritas Española en www.foessa.es.

4 **M. Reyes Mate**, *"La ética desde las víctimas como autoridad moral"*, en Éxodo 100 (2009) 51-56.

tiene que ver con la fuerza o el dominio, sino con la verdad. Con la verdad del ser humano y con la verdad del mundo. Es la dignidad y la autoridad del testigo. En las víctimas, en su rostro dañado, herido, ensangrentado, desfigurado se revela la verdad de nuestro mundo: su injusticia y su inhumanidad. Por eso su mirada es la mirada esencial[5]. Su rostro está desfigurado hasta el punto de que parece ocultar su humanidad; sin embargo, es ese rostro desfigurado el que revela la verdadera humanidad. Las víctimas tienen esa dignidad: el privilegio hermenéutico, epistemológico, de desmontar las mentiras de los que "secuestran la verdad con la injusticia" (Rom 1,18). Por eso, como dice certeramente Reyes Mate, el sufrimiento es condición de la verdad.

Lo primero es siempre ponerse a tiro del dolor ajeno. No se puede ser justo ni solidario sin "dejarse pelos en la gatera", sin las heridas de la afectación por el sufrimiento. Con todo, alejarse de él es deshumanizarse. No se olvide que fue el samaritano quien salió dignificado: le vio (quizá mejor, se "vio mirado") y le montó en su propia cabalgadura. El sacerdote y el levita le contemplaron con ojos legalistas, cumplidores, "razonablemente" interesados, pero no quisieron intercambiar con él ni una mirada ni una palabra; por eso, no le "vieron" y no se dejaron afectar por sus heridas y clamores. Tampoco hoy lo hacemos ante los cuerpos rasgados por la "concertina" ni ante el grito de quienes solo aspiran a una vida digna entre nosotros. Es más cómodo apretar el paso, pasar de largo y farfullar unos cuantos lugares comunes y una sarta de pseudojustificaciones de acomodados biempensantes.

Son los ojos de las víctimas las que a veces evitan la debacle. Alguna víctima del terrorismo se ha librado de ser asesinada porque en un feliz momento, cuando iban a disparar a quemarropa contra ella, simplemente miró al verdugo y éste quedó paralizado. Dicen muchos exterroristas: "No se puede matar mirando a los ojos"[6]. El rostro del otro y su mirada, dirá el filósofo judío Lévinas, tienen algo de absoluto. Por eso, en los fusilamientos se tapan los ojos de los que van a ser ejecutados. No, como se piensa, para que no sufran, sino para que el pelotón de fusileros no sienta sobre sí la intensidad de la mirada de los que van a morir.

3 Con la mirada de Jesús

Jesús goza del privilegio de la doble mirada. Es la víctima de las víctimas y, al mismo tiempo, es el buen samaritano que se acerca a los caídos con el bálsamo del consuelo y el vino de la esperanza. Su mirada tiene mucho que aportarnos en la mística de ojos abiertos.

La mirada de Jesús es una mirada *cargada de sentimientos*. No es neutral, ni aséptica, ni "profesional" en el mal sentido del término. Al contrario, su mirada profesa cariño, incluso en situaciones donde se produce, finalmente, el desencuentro de proyectos vitales ("miró con cariño al joven rico", o donde es palmaria la lejanía de credos y situaciones personales (admiración ante la fe del centurión), o donde hay distancia de praxis y concepciones religiosas (maravillamiento ante el óbolo de la viuda). Es una mirada repleta de reconocimiento ante la fe distinta de la cananea; se torna en aceptación incondicional ante las magulladuras culpables del hijo pródigo; en atrevimiento y autoinvitación ante la cortedad de Zaqueo y es también mirada cariñosa, de reconocimiento profundo, hacia la fe de los voluntarios que le traen en camilla al paralítico.

La mirada del Maestro de Nazaret es una *mirada que sabe discernir*. Es larga, profunda, inteligente. Sin miopía ni vista cansada.

---

5 Cf. **J. J. Sanchez Bernal**, *"La mirada esencial"*, Reflexión Cuaresma 2007, Instituto Superior de Pastoral, Madrid.

6 Cf. **E. Pascual** (coord.), *Los ojos del otro*, Sal Terrae, Santander 2013.

No confunde el trigo con la paja. No escabulle la verdad. Escruta hasta lo más hondo las intenciones ocultas de sus perseguidores. Fiel a Dios hasta el final, pero no tonta. Sabe con quién se juega los cuartos, sobre todo cuando los cuartos están en manos de muy pocos. Es inocente pero no ingenua, sencilla como paloma pero astuta como serpiente.

Es, también, una mirada *cargada de indignación.* Lo es ante lo injusto evitable, cuando se juega la suerte de los pequeños, cuando se les escandaliza, cuando se le separa de los niños, cuando, con Pedro prudente, se le hace rehuir el conflicto, la cruz y la polémica con el poder, cuando se buscan privilegios o se escandaliza a los vulnerables, cuando se pretende secuestrar a Dios o se convierte su casa en cueva de mercadeos y transacciones.

Jesús tiene una *mirada contemplativa.* Va más allá de las apariencias y las "pintas", bucea en el hondón humano, desenmascara mentiras virtuales y pecados estructurales y, a la postre, descubre tras el rostro del pobre, del enfermo, del preso o del inmigrante al mismo Cristo, hecho no sólo sacramento sino también juicio último, universal y ultraterreno sobre nuestra vida y antepenúltimo sobre la dignidad con la que vivimos cada día todos, creyentes y no creyentes.

Es asimismo una mirada siempre *seguida de resolución.* Continuamente se nos dice: "vio Jesús y les dijo"; y, sobre todo: "vio Jesús e *hizo".* No es la mirada intencionadamente distraída del levita o del sacerdote: uno y otro, ante el caído y apaleado al borde del camino: "vio, se desvió y pasó de largo". Es más bien la de aquel que se sintió interpelado por el rostro sufriente del prójimo: "al verlo, sintió lastima, se acercó, le vendó las heridas, lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él". ¿Se percibe la cascada preciosa de verbos concatenados que nos hablan de la ética del cuidado, de la hospitalidad, de la ternura...? Es la ética compasiva del "ve y haz tú lo mismo".

Se trata de una mirada que *nunca deja las cosas como están.* Transforma y dignifica el corazón y la realidad de la persona concreta. También altera sustancialmente el orden "natural" social. Perdona y levanta a la adúltera, pero sienta en el banquillo a los jueces. Cura la lepra y, al tiempo, apuesta por la inclusión y la integración como queridos por Dios. Cura, pero también se salta descaradamente las leyes injustas cuando esclerotizan la misericordia de Dios e impiden la inclusión de los vulnerables. En definitiva, no duda nunca en sanar al individuo y en expulsar legiones de demonios.

A su vez, la forma de mirar y su consiguiente forma de actuar *provoca escándalo.* "Al ver que Jesús comía con pecadores y publicanos se decían", "al ver que no se lavaba murmuraban"... Es una mirada y una actitud que no dejan indiferentes. Tiene un algo de retadora. Invita a tomar partido, a optar. Supone conflicto personal y grupal. Es dialéctica, supone una apuesta descarada por el pobre y aflicción por el rico que no se convierte. No todo vale ante su mirada. Sabe bien que ser solidario es ser capaz de "jugar contra los propios intereses", comprometer los derechos propios para salvaguardar los ajenos".

Por último, pero no menos importante: *la fe nos ayuda a recobrar la vista.* Legañones de egoísmo, de auto-justificaciones, de sentido común y de prudencia mal entendidos nos impiden ver bien; aquello de Machado: "en amor, sólo la locura es sensata". Entonces, la constatación de nuestras cegueras nos harán decir con el ciego de Jericó: "Hijo de David, ten compasión de mí. Que recobre la vista". Sólo la fe, que es riesgo y confianza, aventura y a desasimiento, puede salvarnos. Sólo sabernos a la intemperie, pero con la ayuda de Él, nos ayuda a seguir tanteando el camino aunque no veamos bien del todo o sea de noche.

4 El reconocimiento del *otro*

En el mundo egipcio, mesopotámico o semita la categoría de "alteridad" surgió críticamente y en referencia a los "otros" más "otros". En efecto, la dinámica del reconocimiento comenzó a gestarse materialmente con una referencia inequívoca a los más vulnerables y dando primacía al actuar. Reconocer no es una mera actividad moral de corte intelectual, sino una apuesta actuante por el otro. El reconocimiento exige una actuación positiva y audaz. Se trata, en todo caso, del reconocimiento de la dignidad del otro y de su derecho básico a lo más elementalmente «de suyo»: el derecho a una vida humana (con pan, agua, vestido, bienes necesarios...). Consiste en una ética del cumplimiento de las necesidades vitales. Por el reconocimiento llegamos a descubrir un *tú* en situación de precariedad que urge y reclama mi solidaridad, no sólo para su dignificación, sino, fundamentalmente, por el elemental mantenimiento de la mía. La dinámica del reconocimiento es necesariamente bidireccional, y por ello exigente, porque muestra las vulnerabilidades tanto del reconocedor como del reconocido.

El filósofo español Savater se pregunta en qué consiste tratar a las personas como a personas, es decir, humanamente. Acaba contestándose: "consiste en que intentes ponerte en su lugar"[7]. Ver y reconocer reclaman ponerse en los zapatos del otro. Como dice el Concilio, "el prójimo es otro yo" al que hay que reconocer (cf. GS 27). En nuestra concepción, prójimo es todo ser humano. El sujeto de derechos y fundamento del orden social es "el ser humano", categorialmente, desnudo de otro tipo de atributos. Por ello, el reconocimiento exige el descubrimiento del prójimo, superando lo que es próximo a mí mismo, lo que pertenece a mí mismo grupo. Puedo reconocer al otro como una "persona" respecto de quien soy responsable. Sólo en esta segunda forma de conocimiento tiene sentido el problema de la justicia y la pregunta de Yahvé a Caín en el libro del Génesis, que se responde con el imperativo de ser todos guardianes de todos. Por eso la urdimbre de los derechos humanos solo se sostiene cuando todos estamos dispuestos a tener deberes para con los demás. Como dice P. Ricoeur, "somos responsables de las consecuencias de nuestros actos, pero también responsables de los otros en la medida en la que son puestos a nuestro cargo y eventualmente mucho más allá de esta medida. En el límite extremo, somos responsables de todo y de todos"[8]. El impulso ético reside en que "nunca estoy libre de obligaciones para con el otro"[9]. Retomando la mirada, Lévinas dirá que "desde el momento en que el otro me mira, yo soy responsable de él"[10]. Este es el contenido ético irreductible de la relación con el otro, de lo que este autor llama "relación cara a cara". El rostro del *otro*, que se presenta como extranjero, viuda y huérfano, al tiempo que remite simbólicamente a todas las víctimas del presente y, a través de ellas, a todas las del pasado muertas sin justicia, es al tiempo la más fuerte apelación a mi responsabilidad moral, a poner en marcha, desde el dinamismo del reconocimiento, lo mejor de mí mismo al servicio de una dignificación personal que sólo puede venir de la lucha insobornable y siempre inacabada por la justicia.

5 No ideologizar, pero sí "cosmovisionar": los cuatro principios del Papa Francisco

La mística de ojos abiertos es de matriz compasiva. Frente a la tentación ideologizante, solo la compasión ante el drama ajeno libera. El Papa Francisco ha propuesto en *Evangelii gaudium* cuatro sugerentes y novedosos principios que marcan una forma muy

7 **F.Savater**, *Ética para Amador*, Ariel, Barcelona 1991[5], 136.

8 **P. Ricoeur**, *Lo justo*, Caparrós, Madrid 1999, 49-50.

9 **E. Lévinas**, *Fuera del sujeto*, Caparrós, Madrid, 58.

10 **E. Lévinas**, *Ética e infinito*, A. Machado, Madrid 1991, 90.

concreta de ubicarse ante la realidad, de hacer teología y de auto-realizarse la Iglesia. El Papa afirma que se derivan de los grandes postulados de la Doctrina Social de la Iglesia y tienen que ver con las tensiones bipolares propias de toda realidad. Lo novedoso es la formulación de uno de los focos como superior al otro y las consecuencias que de ello se siguen. No lo dice así el obispo de Roma, pero bien podría haber acuñado el término "cosmovisionar" para referirse al resultado de la interacción de los cuatro principios. Evitan el riesgo de las ideologías pero aportan herramientas para una visión, una interpretación y una valoración de los fenómenos sociales que mantenga la ineludible tensión entre el ser y el deber ser propio de toda ética.

Colocándonos en nuestro propio orden, en primer lugar, afirma que "*la realidad es superior a la idea"* (EG 233). Frente a las tendencias falsamente idealistas, intimistas y espiritualoides que tienden a encubrir lo real, hablando en términos poco concretos y a hacer formulaciones tan abstractas como retóricas, el Papa apuesta por la metodología inductiva (tan propia de la Teología Pastoral) y por el primado de lo histórico y de la praxis de la justicia y de la caridad (en línea con uno de los acentos de la Teología de la Liberación). Por eso hace una explícita valoración de la encarnación de la Palabra y de su puesta en práctica, sin desconectarla por supuesto de la rica tradición bimilenaria de la Iglesia. Por lo que atañe a la forma de mirar la realidad, la forma de hacer teología y a las víctimas, este principio supone una toma de postura inequívoca y un acento diferenciador con respecto al pontificado anterior.

En segundo lugar, afirma que *"el tiempo es superior al espacio"* (EG 222). La primera dimensión aparece vinculada a la idea de proceso con vocación de plenitud y la segunda al imaginario del poder y el límite. Supone una apuesta por la utopía y el futuro y cierto desdén hacia la absolutización del presente y del cortoplacismo. La política privilegia esta última dimensión, de ahí la importancia del componente mesiánico-utópico que puede aportar la religión en el ámbito de lo público, así evitará la tentación fagocitadora y clientelar de la política y la animará a crear dinamismos nuevos abiertos al trabajo en red con otras personas y grupos que acaben construyendo "pueblo". Dado que se trata de un largo caminar no se puede renunciar a la bondad, la tenacidad y las convicciones. Por lo que a nuestro tema atañe, parecería que el Papa simpatiza con la "caridad política" (Pío XI), aquella que huye del individualismo y trata de generar dinamismos que eviten nuevas víctimas de la injusticia y promuevan condiciones de respeto a la dignidad de la persona, bien común y justicia social.

En el "cosmovisionar" del Papa argentino *"el todo es superior a la parte"* (EG 254). Se podría traducir sin violencia por una expresión acuñada a principios del siglo XX y referida al urbanismo y popularizada por los movimientos alterglobalizadores: "Piensa globalmente y actúa localmente". Se trata de pensar a las víctimas y las alternativas no victimizadoras del sistema desde el sistema-mundo y no desde visiones interesadas corporativistas o localistas. Hay que aunar tener los pies en la tierra de la realidad concreta y cercana (vecindad) con lo universal (fraternidad) y con el evangelio en su integridad. El modelo es el poliedro. Todos pueden aportar (incluso los equivocados: cf. EG 236) a este proyecto de integración en la mesa del Reino que es transversal: habrán de participar "académicos y obreros, empresarios y artistas, todos". El destinatario de la acción pastoral de la Iglesia es el ser humano que necesita fecundar y sanar todas sus dimensiones. Este principio de totalidad es el mismo que recogería Pablo VI en *Populorum progressio*: el destinatario del desarrollo huma-

no integral abarca todas las dimensiones del ser humano y comprende a todos los seres humanos (cf. PP 42).

Finalmente, en cuarto lugar, Francisco señala que "la unidad prevalece sobre el conflicto" (EG 226). Desde luego no se trata de obviar la dimensión conflictiva de la vida social. Precisamente por ello hay que tomar partido descaradamente por las víctimas. Más bien hay que aceptarlo, sufrirlo, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso. Hay que evitar confundir la comunión con la uniformidad. Se trata de lograr "una comunión en las diferencias". De este modo, se supera una identificación de la comunión eclesial con la obediencia vertical y el monolitismo uniformador, tal y como venían entendiéndose en algunos sectores eclesiásticos. El desafío es lograr la unidad desde la diversidad y el pluralismo. Esta unidad es un objetivo para la propia vida interior y para diversos ámbitos de la exterioridad. Se trata de una "diversidad reconciliada". Probablemente no haya mejor formulación que la de San Agustín: "unidad en lo esencial, en lo dudoso libertad, y en todo caridad". En definitiva, "el *otro* cuanto más *otro* sea, más me remite al Totalmente Otro". Una mirada uniformadora crea víctimas innecesarias. En este caso, la tarea es sencilla: se trata de evitar su generación.

6 El deber de responder

Mirar con los ojos de las víctimas y dejarse afectar por ellas no es señal de una vocación emotivista o sensiblera. Se trata más bien de toda una apelación apremiante a la acción. La contemplación del sufrimiento solo se justifica desde la disposición a intervenir para aliviarlo. Lo otro sería un ejercicio de sadismo o de voyerismo insano. Desde este punto de vista las *víctimas* de todas las crisis tienen otro privilegio más. No solamente son un don, una gracia, que hemos de acoger en gratuidad y gratitud. Son, a la vez, una *llamada*, una *interpelación* a nuestro rostro y a nuestra mirada. Una profunda, radical *interpelación* a nuestra conciencia, a nuestra autocomprensión como sujetos. Es, lo que llama Sánchez Bernal, su *privilegio antropológico*. Es su capacidad para cuestionar nuestra lógica, la hegemonía del egoísmo y de la dominación causante de la injusticia que atraviesa el sistema económico, político y social de nuestras sociedades modernas. Es la que impulsa a adentrarnos en la lógica del don de la que habla Benedicto XVI en *Caritas in Veritate*. Es introducir la reciprocidad, la solidaridad y la disidencia ante lo injusto como lógicas del mundo. Supone cultivar la responsabilidad, el deber de responder, desde la *escucha* y el *reconocimiento* del otro. Reclama asumir que tenemos que *hacernos cargo* del otro. No se trata de suplantar su voz, para condenarlos a eterna mudez, sino de hacer silencio, acoger su voz y encargarnos de ellos.

Con los ojos de las víctimas solo se puede mirar o participando de su suerte martirialmente (como testigos) o aliándonos con su causa y en complicidad con sus personas. Su realidad se impone con solo compartir, siquiera accidentalmente, sus lugares existenciales. Sólo desde una cercanía efectiva y afectiva con el sufrimiento ajeno, desde la espiritualidad del Jesús que toca y se deja tocar, de quien quiere y se deja querer por el excluido, se entiende bien que el Papa Pablo VI, después de haber visitado *in situ* América Latina y África y de haberse hecho cargo en directo de la miseria concreta que afectaba a seres humanos, hiciese referencia a esta experiencia personal en el Preámbulo de Populorum progressio y elevase, más que una petición, un grito desgarrado a lo largo de la encíclica: "Hay que darse prisa", "hay situaciones cuya injusticia clama al cielo", "llamamientos angustiosos han resonado ya". "Hace falta ir más lejos aún" y, sobre todo, por lo explícito de la apelación y

la congoja personal que refleja, "la hora de la acción ha sonado ya... los cambios son necesarios, las reformas profundas, indispensables", "invitamos a todos para que respondáis a nuestro grito de angustia, en el nombre del Señor".

Contemplar la realidad con los ojos de las víctimas es la mejor forma de no "secuestrar la verdad con la injusticia" (Rom 1,18). Para entender lo que decimos: la reciente tragedia de jóvenes subsaharianos ahogados mientras trataban de alcanzar nuestro país y la evidencia de que no se pueden poner puertas al hambre puede ser contemplada desde los ojos de quienes nos planteamos desde un cómodo sillón si se pueden abrir o no las fronteras, cómo regular los flujos migratorios o, hasta en un alarde de "solidaridad", de qué derechos inalienables podemos dotar a los negros que quieren entrar en nuestro país. También podemos hacerlo desde la mirada angustiada de quienes llevan más de dos años de media esperando en condiciones precarias el momento de pasar al otro lado del "Muro de la vergüenza", desde quienes tienen los pies hollados tras recorrer miles de kilómetros sumidos en la penuria más absoluta. Sospecho que una u otra forma de mirar da origen a dos discursos y a dos sensibilidades distintas. Para un creyente, y, me atrevo a decir, para cualquier persona que quiera mantener un mínimo nivel de decencia ética, la única mirada moral posible es la ética, la que se formula desde las bajuras, desde el universal más universal que es el dolor humano y el primer deber moral, que es aliviarlo. El sueño y el Reino apuntan en esa dirección utópica. Eso es lo que tiene que anunciar la Iglesia: que clama al cielo que se ahoguen personas y que Dios quiere un mundo de hermanos. A la política le tocará determinar cómo. Pero a la Iglesia corresponde señalar a qué puerto hay que llegar sin concesiones a lo políticamente correcto.

Un último apunte. Una mística de ojos abiertos es, ante todo, una mística. El punto de arranque y de término de su mirada compasiva y afectada es Dios mismo. Por eso, la mística es "la experiencia de una presencia inobjetivable en el centro mismo de lo real, pero desde la absoluta trascendencia" (Martin Velasco). Como dice Moltmann, "el que la oración tiene que ver con el despertar, con la vigilia, con la atención y la expectativa de vida, es algo que ya casi nadie sabe"[11]. Lo conocían bien las primeras comunidades cristianas: orar velando y velar orando. Solo es posible si no oramos con los ojos cerrados, sino mesiánicamente, con los ojos abiertos al futuro de Dios en el mundo y muy especialmente de las víctimas, cuya causa asume.

Termino con un texto ya añejo, pero premonitorio y que ejercita la responsabilidad de tener ojos: "Un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta aislacionismo cuando es testigo de las necesidades y miserias de sus hermanos; cuando le llegan los gritos de socorro de los económicamente débiles, cuando conoce las aspiraciones de las clases trabajadoras... cuando se dé cuenta de los abusos de una concepción económica que pone el dinero por encima de todos los deberes sociales, cuando no ignora las desviaciones de un intransigente nacionalismo"[12].

José Luis Segovia Bernabé

[11] **J. Moltmann**, «Orar con los ojos abiertos», en *Pasión por Dios. Una teología a dos voces*, Sal Terrae, Santander, 2007.

[12] **Pío XII**, *Gravi* 18, AAS 41 (1949) 10.